

HAMUE MEDINA, ROCÍO ELENA. *EL GLOBO DE CANTOLLA. HISTORIA DE LA AEROSTACIÓN EN MÉXICO, 1784-1914*. MÉXICO: UNAM, FACULTAD DE INGENIERÍA, 2011, 264 P.  
ISBN: 9786070220739

Guadalupe Curiel Defossé\*



Entre los muchos temas que Roberto Moreno de los Arcos exploró magistralmente, como la historiografía del siglo xviii en la Nueva España, los impresos y manuscritos en lenguas indígenas, la alimentación prehispánica, el tabaco o la filatelia, destaca sobremanera la historia de la ciencia en México y su aplicación en la ingeniería. Relacionada con esta última, se encuentra su pasión por la historia de la aerostación, particularmente por los globos aerostáticos, temática sobre la que reunió, a lo largo de acuciosas investigaciones, abundante documentación, la cual, tras ser legada a Rocío Elena Hamue, fue la génesis del libro que aquí se reseña, donde da cuenta del desarrollo y alcances de la actividad aerostática desarrollada en nuestro país, desde finales del siglo xviii hasta principios del xx.

Da comienzo el volumen con una ilustrativa y amena “Presentación”, escrita por el ingeniero José Manuel Covarrubias, en la cual se apunta, como mérito sobresaliente del texto, la reflexión que subyace en todo el trabajo en torno a la creación de conocimientos, impelidos por la necesidad de dominar la naturaleza. Siguen a la “Presentación”, una “Advertencia” de la pluma de la autora, donde se explican las causas y circunstancias que dieron origen al volumen, y la reproducción, con algunas modificaciones, del artículo de Roberto Moreno titulado “Los primeros aeronautas en México: Adolfo Theodore (1833-1834) vs. Eugenio Robertson (1835)”,<sup>1</sup> en el que se relata la génesis de la aerostación —ideada por el italiano Francesco Lana, conde de Terzi, y concretada por

\*Instituto de Investigaciones Bibliográficas, unam.

<sup>1</sup> Publicado originalmente en *Tempus*, Revista de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, México, unam, ffyl, núm. 1, 1993, p. 86-106.

los hermanos franceses Eugéne y Etienne Montgolfier a finales del siglo xiii—, el desplazamiento de su uso por la práctica del vuelo con artefactos más pesados que el aire, y su empleo utilitario y deportivo. En el artículo, el autor se explaya en la narración del proceso de construcción del artefacto (globo de tela, forrado con papel) y en la circunstancia que rodeó la primera ascensión registrada en la historia, el 5 de junio de 1783, en la ciudad de Annonay, hazaña que trató de ser emulada en varias partes del mundo, México incluido, donde en 1784, como lo testimonian varias noticias, comenzó la construcción de una serie de globos en diferentes lugares del virreinato.

Aunado a lo anterior, Rocío Hamue dedica el segundo capítulo de su obra al guanajuatense Benito León Acosta, primer aeronauta mexicano (1842-1886) y alumno del Colegio de Minería, quien, al atestiguar la hazaña del señor Eugenio Robertson, realizada en la ciudad de México en 1835, “se dio a la tarea de imitar a los extranjeros”<sup>2</sup> y convertirse en el primero de sus compatriotas que volara en globo, adquiriendo el compromiso de, “con el permiso de su madre y la anuencia del cura”, “realizar veinte viajes en varios estados de la República”.<sup>3</sup> Salvados los trámites necesarios para obtener el permiso y organizar el espectáculo, León Acosta emprendió su vuelo en globo en la plaza de toros el 3 de abril de 1842, tal y como lo describió Vicente García Torres en el libro que publicó el mismo año, del cual se reproduce el siguiente pasaje:

Dada la hora, se ató la canastilla, se colocaron los instrumentos y demás cosas necesarias al viaje; y el aeronauta, para probar el grado de fuerza ascensional, entró en medio de las vivas, aclamaciones y aplausos que por todo el lugar resonaban acompañados de la música militar [...]. Cinco minutos después, todo quedó perfectamente arreglado, y en un momento vimos ascender rompiendo los aires, al intrépido mexicano.<sup>4</sup>

Después de este primer ascenso exitoso, apunta la autora, Benito León Acosta, de apenas 24 años, efectuó otros siete, tanto en la ciudad

<sup>2</sup> Rocío Elena Hamue Medina. *El globo de Cantolla. Historia de la aerostación en México, 1784-1914*. México: unam, Facultad de Ingeniería, 2011, p. 63.

<sup>3</sup> *Idem*.

<sup>4</sup> Vicente García Torres. *Primera ascensión aerostática de D. Benito León Acosta*. México: Imprenta de Vicente García Torres, 1842, p. 6, *apud* Rocío Hamue, *op. cit.*, p. 68.

de México como en los estados de Guanajuato, Michoacán y Querétaro, hasta que en 1845 dejó esta actividad para fundar la Escuela Nacional de Comercio; al respecto escribe Hamue: “Acosta —primer aeronauta mexicano— cambió la canastilla de un globo por un sillón de escritorio al asumir la dirección de la Escuela, cargo que desempeñó hasta 1854”.<sup>5</sup>

Bajo el sugestivo título “Y todos quisieron volar, de Acosta a Cantolla”, la autora entrega un capítulo —tercero— donde expone los problemas con los cuales tuvieron que lidiar aquellos que, inspirados por León Acosta, intentaron la hazaña del vuelo en globo; de todos esos inconvenientes, el mayor fue la obtención de la concesión pues, según la legislación del momento, mientras estuviera vigente el privilegio otorgado a Acosta, nadie podría realizar esta actividad, a menos que él lo aprobara. Beneficiarios de este privilegio fueron Francisco Carrillo y los extranjeros Juan Bertier y Bautista Belliard. En cuanto al primero, Rocío Hamue apunta que, aun cuando pretendió volar en 1841, la empresa fracasó y, si bien hay noticias de que solicitó otro permiso el siguiente año, no se ha podido comprobar si el vuelo efectivamente se realizó. Sobre la solicitud de Bertier, se informa en el texto que el propio Acosta firmó el permiso para que pudiera volar acompañado de un perro, que bajaría en paracaídas, hecho que ocurrió a finales de agosto de 1842. Más tarde, en septiembre de 1844, Hipólito Escobedo solicitó el permiso para permitir a Belliard efectuar la ascensión aerostática en la plaza general de toros, y al parecer se llevó a cabo el domingo 29 de septiembre en el mismo artefacto usado por Bertier, al cual se le conoció como el “globo monstruo”, por su enorme tamaño.

Cabe señalar que la investigación hemerográfica elaborada por Hamue aporta información relevante; por ejemplo, ofrece datos sobre los vuelos realizados en los años de conflictos políticos, como los efectuados por Martín Lara en cielos nayaritas, en abril de 1845; por don José María Flores, en Zacatecas, donde sufrió el incendio de su nave y una estrepitosa caída, de la que salió gravemente herido; asimismo, se da información sobre la suspensión de los vuelos a raíz de la declaración de guerra emitida por Estados Unidos contra nuestro país; la actividad se reanudó, según noticia de *El Siglo Diez y Nueve* —que Hamue recupera—, en julio de 1851, en la cual se dice que “un joven mexicano

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 93.

bastante estudioso” preparaba una función de ascensión para festejar el cumpleaños del presidente Mariano Arista; este acto, a decir de *El Monitor Republicano*, se canceló debido a problemas que el organizador, Gómez Puente, no pudo remontar.

Llevada de la mano por los periódicos, en el cuarto capítulo, titulado “Una cantollesca odisea. Don Joaquín de la Cantolla y Rico”, la autora sigue la pista a las andanzas de don Joaquín, a quien califica como “singular y pintoresco personaje”. Tras su semblanza, realiza un seguimiento de su carrera como aeronauta, iniciada en 1863, el cual se entrelaza con datos sobre el desarrollo de la actividad aérea del último tercio del siglo xix y con información sobre los momentos conflictivos de nuestro acontecer histórico, como la segunda intervención francesa. Así, se relata el primer acercamiento del señor De la Cantolla al terreno de la aerostación, la posterior decisión de convertirse en empresario, los esfuerzos por cubrir los gastos de las funciones de su peculio y el momento en que decide ser el constructor de sus propios globos. De acuerdo con los datos proporcionados por la investigadora, fueron una veintena de ascensiones las que Joaquín de la Cantolla realizó entre los años de 1863 y 1914; tiempo en el que sus globos, “Vulcano” y “Moctezuma”, formaron parte del paisaje ciudadano, lo mismo para diversión de los hombres, mujeres y niños del Imperio, que para los de la República Restaurada o del porfiriato. Las hazañas de don Joaquín cesaron el 25 de enero de 1914, cuando efectuó un accidentado vuelo a bordo del globo “Libre”, de Alberto Braniff, el cual fue desviado por el viento hasta el Ajusco, donde tuvo que descender a dos kilómetros de Xico, salvándose de caer en el campamento zapatista de Felipe Neri. Y si bien el personaje libró el accidente, esa misma noche sufrió un derrame cerebral que lo condujo a la muerte.

“Globos, trapecios, mujeres, extranjeros y competencias” es el capítulo que nos ilustra cómo, a partir de las hazañas de De la Cantolla, la actividad aerostática en nuestro país se extendió por todo el territorio y dejó de ser una práctica exclusivamente para “diestros”, convirtiéndose en una actividad a la que tuvieron acceso otros actores, como mujeres, niños, cirqueros, aficionados e incluso algunos animales, como perros y monos. Este cambio fue, sin duda, signo del momento de la desacralización del arte de volar en globos, tal y como lo confirman las múltiples referencias periodísticas y algunas composiciones poéticas de ocasión que la autora reproduce.

La estudiosa también muestra cómo la actividad aerostática, que se mantuvo vigorosa en el país a lo largo de la segunda mitad del siglo xix y durante la primera década del siglo siguiente, propició una importante industria en la construcción de globos, pues no todos los aeronautas tenían habilidades para fabricarlos.

Un último capítulo, "Aerostación, litografía y periodismo", se dedica a las expresiones gráficas surgidas alrededor de la novedosa actividad; por ejemplo, se hace referencia a la serie de litografías que dieron forma al volumen *México y sus alrededores*, editado y publicado por José Antonio Decaén entre 1855 y 1856, con la participación de grandes escritores, poetas y periodistas, así como a los destacados trabajos de Casimiro Castro, quien dejó la impronta de su trabajo litográfico en los hermosos grabados de paisajes de la ciudad de México y otros lugares cercanos, vistos desde las alturas.

En conclusión, en este trabajo se suman a la amenidad del relato, el rigor académico y la inclusión de imágenes prácticamente desconocidas, con el fin de dar forma a una obra que se erige como una importante herramienta para todo aquel interesado en el desarrollo de la aerostación en México. 